

## Colombia: ¿país inviable?

### Ocho problemas capitales que nos azotan<sup>1</sup>

*Reflexiones de Jaime Arias, rector de la Universidad Central*

#### Introducción

El año 2022 es especial por dos razones: por una parte, regresamos a una cuasinormalidad después de dos años de restricciones y aislamientos por cuenta del COVID-19, y, por otra, tendremos unas elecciones que pueden marcar un momento de inflexión en la política y la economía del país.

En la época del Caguán, hace unos veinte años, se decía que Colombia era un país inviable, término difícil de emplear, pues no es preciso; según el *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2014), se refiere a que algo no tiene posibilidades de llevarse a cabo. Por consiguiente, hace dos décadas eso pudo significar que Colombia era un país fracasado, por lo menos en su empeño por buscar la paz. El señalar que un país ha fracasado es una aseveración riesgosa, pero muchas veces los gobiernos fracasan, tal como sucede con los países, como lo describen Acemoglu y Robinson (2012). Hoy el país está mucho peor que en esos días, de manera que el uso de *inviable* podría significar ahora que su proyecto político no se ha podido realizar porque no se han dado las condiciones necesarias para ello.

Una nación inviable puede seguir existiendo como está, puede mejorar en algunos aspectos o mantenerse en la ruta de un deterioro progresivo, pero le resulta muy difícil progresar con firmeza en el logro de los objetivos fundamentales del Estado moderno, por ejemplo, en alcanzar la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible propuesta por las Naciones Unidas, o bien sus propios

---

<sup>1</sup> Las siguientes reflexiones han sido escritas con motivo del inicio del año lectivo 2022 en la Universidad Central. Corresponden a las preocupaciones de alguien cuya juventud pertenece al pasado, por ello tienen un toque de realismo pesimista, pero pretenden crear conciencia en los jóvenes universitarios sobre lo que no hicimos las anteriores generaciones en la búsqueda del desarrollo integral de Colombia y que les compete acometer a las futuras generaciones si desean vivir en un mejor país. Es un llamado al cambio tranquilo, con una mirada que debe estar impregnada de optimismo, aunque partiendo de realidades dolorosas.

objetivos nacionales. Un país puede crecer económicamente y mostrar progresos materiales, pero en aspectos importantes de la vida social y política puede considerarse inviable por no tener la capacidad para superar situaciones graves que le impiden modernizarse política y socialmente, como son la corrupción, la inequidad, la violencia, la inseguridad, la pobreza, la falta de movilidad social, la educación de mala calidad, la desconfianza respecto de las instituciones, entre otras. Un ejemplo al respecto es el caso de Venezuela (Estado fallido en casi todos sus frentes) y, en menor grado, Colombia, como se explicará luego.

Vale la pena preguntarse qué significa que una comunidad, una sociedad o un país sean considerados exitosos, es decir, que hayan alcanzado los propósitos de sus fundadores —en plazos largos o intermedios—. Los indicadores básicos se pueden sintetizar en que sus habitantes sean felices; puedan realizar sus planes de vida y aspiraciones; tengan resueltas sus necesidades básicas (salud, educación, vivienda, seguridad, trabajo y ocupación, ingreso mínimo funcional, entre otras); les sean respetados sus derechos; disfruten un ambiente de paz, seguridad personal y tranquilidad; confíen en sus sistemas e instituciones políticas y económicas; entiendan que los recursos públicos son manejados con honestidad y transparencia; se les respeten sus propiedades bien habidas y puedan emprender negocios en un ambiente de progreso y desarrollo económico.

Colombia presenta una situación paradójica, pues afronta problemas profundos (algunos casi insalvables) en ciertos indicadores, mientras que otros nos señalan como una nación pujante y con perspectivas positivas. No resulta fácil aceptar que somos inviables cuando se nos considera como uno de los países latinoamericanos que experimentan una mejor recuperación económica en el período de inicio de la pospandemia; pero, más allá de lo económico, nuestros indicadores sociales y políticos son preocupantes. Varios expertos han escrito sobre esta situación, entre otros están Kalmanovitz (2015; 2019), Galvis y Meisel (2010), Bonet y Meisel (2006), Newman y Ángel (2017), en cuyos textos nos apoyamos.

Comparado con otros países, Colombia es privilegiado por la calidad de la mayoría de su gente y por su riqueza en toda suerte de recursos naturales, en paisaje y territorio. ¿Se imaginan a Japón

o a Corea del Sur si contaran con nuestras riquezas materiales, ubicados en medio de dos océanos y en nuestro prodigioso territorio?

La mayoría de los colombianos somos buenos, emprendedores, trabajadores y honestos, pero ¿qué podemos afirmar de nuestra dirigencia, incluidos gobernantes, congresistas y jueces? Si bien la mayoría de la población puede ser moralmente buena y trabajadora, el capital social es bajo debido a fallas en la calidad de la educación, al nivel de productividad de los trabajadores, a la falta de confianza dentro del ecosistema social, al individualismo que nos caracteriza y a la debilidad del liderazgo político y social. A pesar de contar con un valioso recurso humano en el nivel de dirección pública y privada, nuestra alta dirigencia ha fallado a lo largo del tiempo en la resolución de los grandes desafíos del país.

Cuando nos referimos a la inviabilidad del país, no estamos afirmando que somos un total desastre, que no existe solución posible y que estamos definitivamente perdidos. Más aún, en el plazo medio existe la posibilidad de que algunos de nuestros grandes impedimentos sean superados. Pero la realidad es que hemos venido acumulando problemas muy profundos durante décadas —o siglos— que hacen difícil, si no imposible, desplegar toda nuestra capacidad potencial para alcanzar objetivos de progreso integral, por lo menos en el plazo medio. Existen fallas de diseño estructural del sistema político y hemos desarrollado una cultura general que dificulta no solo el consenso, sino el hallazgo de soluciones de fondo.

Antes de abordar la presentación sobre las dificultades y amenazas que acompañan a Colombia desde hace mucho tiempo, deseo señalar que las oportunidades son enormes si en algún momento de nuestro recorrido como nación somos capaces de dar un giro radical para superar los factores negativos del desarrollo y así organizarnos hacia un futuro promisorio. Tenemos a la mano muchas condiciones favorables sobre las cuales se podría construir la ruta del despegue, y en ese sentido somos un país privilegiado; la clave consiste en entender la situación, aceptar los yerros históricos, convencer a la mayoría de que existen nuevas vías, corregir el camino y convocar a las diferentes fuerzas a la construcción de una nación renovada. Urge reformular nuestro destino, trabajar juntos a lo largo de varias generaciones alrededor de una nueva visión

de país y acometer los profundos cambios bajo la mano no de líderes o caudillos, sino de un liderazgo colectivo.

Colombia es un país importante para la región por su historia, por haber crecido a pesar de sí mismo, por la fuerza y calidad de su gente, por su generoso territorio aún no conquistado y por su capacidad de resiliencia y superación. Estamos detrás de Brasil y de México, los dos primeros y más grandes, pero podemos escalar posiciones si logramos desatar los nudos gordianos del subdesarrollo y corregimos la situación de desigualdad; si tomamos la ruta de una economía de exportación y participación en las cadenas globales de producción; si creamos nuevas industrias basadas en tecnología de punta y aumentamos la competitividad mediante mejoras en la productividad de nuestro recurso humano; si constituimos un sistema impositivo justo, eficaz y transparente; si cuidamos nuestro aparato económico.

### **Los grandes problemas estructurales**

Ahora sí, sin pesimismo ni derrotismo, pero con sentido crítico, repasemos los grandes problemas estructurales que nos impiden ser exitosos. A continuación, menciono ocho “megaproblemas” que constituyen un pesado lastre, obstaculizan la posibilidad de desarrollarnos integralmente como pueblo o nación y se convierten en factores negativos casi insuperables. Estos problemas están relacionados y se potencian entre sí, pero no es fácil construir una secuencia de su importancia relativa, de su impacto o de su aparición en el tiempo, como tampoco es sencillo, desde la teoría, recomendar alguna priorización: todos ellos deben ser resueltos en algún momento.

A primera vista, la lista de problemas parece obvia y no sorprende a nadie, de hecho, la mayoría de las personas estaría de acuerdo con ella, de manera que no se está descubriendo algo novedoso. Tal vez lo interesante sería explicar las causas de cada uno y la secuencia y relación que se establece entre ellos, para así entender por qué se han convertido en situaciones entrelazadas, casi insalvables y que tienden a agravarse.

Cada problema es complejo, arraigado, de larga evolución y comprende aspectos tanto de cultura como de diseño político. La mayoría se hubiese podido enfrentar y resolver en sus estadios iniciales, y todavía se pueden superar, pero no con el modelo institucional actual y sin cambios profundos en la cultura y la política, aceptando que romper este modelo de intereses individuales es demasiado complicado y que modificar el carácter de la cultura es un asunto que implica cambios generacionales sostenidos en el tiempo.

Las soluciones a la mayoría de los siete problemas significativos pueden requerir largo tiempo, así como un trabajo social y político amplio y constante, pues implican modificar la cultura ciudadana de profundo arraigo y elevar el nivel educativo de la población; el enfrentamiento de otros necesitaría transformar el núcleo de la organización política mediante un amplio consenso, no solo con reformas de tipo constitucional y legal.

Hace algunos años, Álvaro Gómez le propuso al país ponerse de acuerdo sobre lo fundamental e intentó materializar ese acuerdo en la Constituyente de 1991; finalmente, no ha habido consenso sobre sus puntos esenciales. Aquí propongo que primero nos pongamos de acuerdo sobre cuáles son los principales problemas del país y su prioridad, para luego concertar cómo los podríamos enfrentar.

## **1. Fallas en la estructura institucional**

Comúnmente se considera que el marco institucional de una nación se limita a sus instituciones políticas, fuerzas militares, medios de comunicación y partidos políticos, pero ello no muestra el ecosistema institucional completo. La estructura institucional es un complejo sistema de organismos públicos y privados que permite la marcha normal de una nación, fundamentado en principios, costumbres, comportamientos y valores civiles compartidos, incluidos la normatividad positiva —Carta Constitucional, leyes y otras reglas de funcionamiento de la sociedad— y el modelo económico formal e informal.

Recientes estudios y encuestas muestran cómo en nuestro país, como en muchos otros, se ha venido perdiendo la confianza en las instituciones<sup>2</sup>. La credibilidad en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial ha descendido significativamente en las últimas décadas, y a ello se suma la pérdida de confianza en los partidos políticos, los medios de comunicación, las Fuerzas Militares, la Policía y las iglesias. Pero una cosa es la percepción ciudadana sobre las instituciones y otra es la realidad que evidencia su deterioro por su ineficacia o por la corrupción que se ha apoderado de ellas.

Lo institucional —visto como una integridad de condiciones, elementos y factores— termina conformando la cultura nacional (el ADN de cada sociedad, su carácter y el grado de efectividad de los principales actores en el cumplimiento de sus funciones y objetivos). Es necesario descubrir y conocer ese ADN, para lo cual debemos remontarnos siglos atrás para buscar y determinar cómo se fue configurando desde la era precolombina y, especialmente, a partir de la Colonia —de casi tres siglos de duración— y luego durante los períodos de la Independencia y el republicano temprano, hasta llegar a la actualidad.

Un país que no cree en sus gobernantes, que desconfía de la justicia, que es escéptico sobre sus legisladores y que desprecia los partidos políticos es caldo de cultivo para el populismo de extremos, para el autoritarismo y las movilizaciones sociales violentas, como las vistas hace algunos meses. Pero se podría argumentar que el fenómeno es común en muchos países de la región y que allí no sucede nada. Nuestro problema consiste en que a la debilidad institucional deben añadirse otros macroproblemas cuya solución requiere de un Estado fuerte y de una relativa unidad nacional; lamentablemente, nuestro Estado es débil y cada vez estamos más fragmentados.

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, el *Edelman Trust Barometer 2021* estimó el índice de confianza general en Colombia en 4 puntos sobre 100. De esta medición se destaca que la confianza en el Gobierno en nuestro país está 20 puntos por debajo del promedio global y que los sectores de la sociedad más informados son, a la vez, los que más desconfianza muestran (véase la presentación del *Edelman Trust Barometer 2021* para Colombia, disponible en <https://www.eltiempo.com/uploads/files/2021/04/21/503218093-2021-Edelman-Trust-Barometer-Colombia.pdf>).

Parte fundamental del análisis debe detenerse en lo que ha sido la evolución de nuestro sistema político y sus bases jurídicas, lo cual comprende los partidos y las ideas políticas, los pactos sociales materializados en las numerosas constituciones y contraconstituciones y los desarrollos de la cultura cívica y política hasta nuestros días. En contraste con la experiencia de Estados Unidos, las independencias de Centroamérica y Suramérica no lograron consolidar un modelo político estable y sólido, pese a que casi todas adoptaron o fueron reflejo de las experiencias y modelos republicanos y democráticos de Europa (los derechos del hombre y la Revolución francesa) y la Constitución de los Estados Unidos de América de 1776.

La naciente república se caracterizó durante casi todo el siglo XIX por su inestabilidad constitucional, numerosas guerras civiles y territoriales, pobreza general y por la debilidad del Estado central frente a los problemas que debería afrontar para lograr la unidad y la consolidación de la república unitaria, democrática y de progreso. Algo mejoró con Núñez y sucesivos gobiernos, pero la falta de consenso político, la pobreza tanto del Estado central como de los entes territoriales y de los agentes económicos particulares, así como los mínimos niveles de capital social frente a un territorio extenso, hostil y desconectado de los focos urbanos principales produjeron un fenómeno que todavía subsiste, y es que tenemos más territorio y más nación que capacidad estatal para superar las barreras del subdesarrollo. Hoy en día, la presencia estatal difícilmente llega a la mitad del territorio, y este vacío lo copan grupos delincuenciales y subversivos; lo más preocupante es que el vacío también se está sintiendo en las grandes ciudades, donde las bandas organizadas superan la capacidad policial y de justicia, crean un ambiente de inseguridad y de zozobra. El contrato social entre el Estado y el ciudadano se está resquebrajando de manera peligrosa.

## **2. Corrupción**

Se cometían mayores abusos, había más escándalos, se improvisaban más rápidas fortunas, y eso era todo, la corrupción espontánea del cadáver de la naturaleza española lo contaminaba todo.

Justo Sierra

Sin pretender culpar al Imperio español de nuestros infortunios, la corrupción pública se remonta a la época colonial y posiblemente llegó en las carabelas que cruzaban el Atlántico. El contrabando, el soborno y los privilegios exagerados de la élite son historia antigua que fue matizándose durante los pasados dos siglos debido a la misma pobreza, especialmente de los particulares, y a la influencia moral del catolicismo en la educación básica, influencia ya desvanecida casi por completo.

En los momentos en que comenzó a crecer la economía en las últimas décadas, la corrupción pública se acrecentó de la mano del deterioro de las costumbres políticas. Luego aparecieron el narcotráfico, la explotación minera ilegal y el contrabando, todo lo cual condujo a la diseminación de la corrupción pública y privada, tanto en lo referente a la gran contratación estatal como a la de los pequeños pero numerosos contratos municipales, que crecieron con la descentralización política y administrativa.

La corrupción es un fenómeno difícil de erradicar, pues tiene un fuerte componente cultural. A ella se añade la posibilidad de eludir o comprar la justicia, lo cual produce un efecto de impunidad que invita a cometer delitos contra el patrimonio público. Este es un problema mayor que, además de minar la credibilidad en lo público, amplía la desconfianza de los electores en sus representantes y de quienes desean hacer negocios sujetos a las normas legales.

### **3. Narcotráfico**

El tráfico de estupefacientes a nivel mundial no es un fenómeno reciente —recordemos la Ruta de la Seda— y responde a la demanda internacional originada en los países centrales, que dejan el cultivo y la producción de la materia prima a la periferia. Este es un negocio turbio, prohibido y con cadena difícil de controlar por las enormes ganancias que produce en todos sus eslabones. En nuestro caso, su surgimiento se remonta al pasado siglo: comenzó con los cultivos de marihuana en la costa caribe y continuó con los carteles de la cocaína en los años ochenta, cuando estos se infiltraron en la política y emplearon el terrorismo como arma para continuar su

expansión. El negocio ha sobrevivido hasta hoy, con cerca de 200.000 hectáreas sembradas y una cadena de producción básica que se mantiene, ahora manejada por las disidencias de las FARC, el ELN y grupos independientes como el Clan del Golfo, asociados a los carteles mexicanos y a los comercializadores en los países de destino. En 40 años no se ha avanzado, pese a las medidas de confrontación policial y militar, las acciones judiciales, los intentos de erradicación de las plantas, la sustitución de cultivos, etc.

El narcotráfico es una de las peores plagas que nos ha llegado, porque con sus tentáculos ha contribuido a corromper por igual a importantes sectores de la política, de las fuerzas armadas, a la justicia y a campesinos paupérrimos, hoy convertido en sus aliados. Además, ha propiciado enormes niveles de violencia en las zonas que controla y ha impedido el progreso normal en las áreas que ocupa. Este fenómeno nos ha desprestigiado ante el mundo entero, incluso ha influenciado a muchos jóvenes con una cultura “traqueta”, caracterizada por el enriquecimiento fácil y rápido, el exhibicionismo y la violencia, como lo describe Thoumi (1999). Para rematar, su represión implica altos costos para las escuálidas arcas oficiales. En pocas palabras, el narcotráfico nos ha degradado y empobrecido, ha corrompido a muchos sectores, ha afectado a la justicia, ha demeritado a los partidos y ha producido más violencia.

#### **4. Violencia e inseguridad**

Un desastroso espíritu posee tu tierra.  
Donde la tribu unida blandió sus masas  
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,  
se hieren y destrozan las mismas razas.

Rubén Darío

El conflicto y la violencia tienen un largo historial en nuestro país y podrían considerarse ancestrales, si bien es cierto que este “reino” gozó de una paz envidiable durante todo el período colonial. Los años que siguieron a la Independencia fueron relativamente tranquilos hasta que

comenzaron las guerras civiles, que concluyeron con la de los Mil Días, confrontación que cobró la vida de cerca de 30.000 nacionales. Desde ese entonces, la violencia ha cambiado de piel, pero es cada vez más sangrienta: las guerras civiles del siglo XIX, los enfrentamientos partidistas entre conservadores y liberales en el siglo XX, la subversión guerrillera, el narcotráfico y otras manifestaciones. El costo de los diferentes tipos de violencia es abrumador: si sumamos todas las muertes violentas, estas pueden superar el millón de víctimas, sin mencionar los despojos de tierras, el empobrecimiento de muchas familias campesinas y toda clase de depravaciones.

No resulta fácil reducir la violencia y la criminalidad. En el último año se ha visto una nueva expresión del crimen, el cual se ha trasladado a las áreas urbanas, situación que ha producido una percepción de intranquilidad en las ciudades no conocida antes. Mientras existan el narcotráfico, los grupos guerrilleros y ahora las grandes bandas del delito —similares a las “maras” de Centroamérica—, la tranquilidad no retornará a Colombia. También deben mencionarse aquí los numerosos hechos de violencia “cotidianos”, asociados a conflictos personales, familiares y a la intolerancia entre ciudadanos. Por ello, el macroproblema de la violencia constituye un desafío enorme que algún día el país debe resolver o por lo menos controlar.

## **5. Pobreza e inequidad**

La pobreza nos ha acompañado a lo largo de la historia patria: nacimos pobres como nación y no hemos podido salir de ese estado, aunque esta tiene matices, expresiones y formas cambiantes. Algunos llegaron a pensar que Colombia era el “Japón latinoamericano”, lo cual no pasó de ser un sueño fantástico. Con unas excepciones, la mayoría de la población continúa siendo pobre o cercana a la pobreza; son muy pocos los verdaderamente ricos aquí, y estos constituyen un fenómeno de los últimos treinta años, ya que no pasan de cinco los grupos económicos que alcanzan a aparecer entre los 500 más poderosos de la tierra. Hoy, tener un ingreso per cápita cercano a los 10.000 dólares anuales implica ser pobre, puesto que ya existen países con ingresos diez veces mayores. Además, la riqueza está mal distribuida, con un índice de Gini de 51.3, la informalidad llega a la forma de subsistir de más del 60 % de los ocupados y más de la tercera parte de la población se considera pobre por ingresos.

En las últimas tres décadas se han creado una serie de subsidios públicos que han constituido una medida para aminorar la pobreza absoluta, pero han afectado el presupuesto nacional en cerca de 100 billones de pesos anuales y han creado una condición de dependencia peligrosa, ya que un buen número de familias se acomoda a ese subsidio-limosna permanente y abandona la búsqueda de trabajo. Además, es un error pensar que la pobreza es solamente económica, pues esto conduce a creer que se resuelve con transferencias estatales; la pobreza es una condición cultural de inferioridad, de marginalización, de dependencia crónica y, técnicamente, implica una falta de capital social.

Colombia ha resuelto satisfactoriamente el problema de cobertura en salud y, en menor grado, los de alimentación y vivienda, pero tiene una deuda grande con la educación, rubro en el que gasta una porción alta de su PIB y más del 15% del presupuesto general de la nación, pero con resultados desalentadores en las pruebas Saber y PISA. Somos una nación con indicadores cuantitativos en educación más o menos aceptables, pero con una calidad deplorable, que conduce a mantener los niveles de pobreza y a tener indicadores pésimos en productividad de nuestros trabajadores. Mejorar la calidad de la educación y llegar a todos es cuestión de presupuestos, voluntad y tiempo; no es una tarea imposible y es un problema solucionable en el tiempo.

## **6. Economía mediocre, de subsistencia**

Lo mejor que tenemos para mostrar son los resultados económicos, que a veces nos hacen sentir orgullosos, por lo menos en comparación con la vecindad. Nuestra economía sigue siendo de subsistencia: nos permite sobrevivir y crecer un poco, pero no es una economía fuerte, sostenible y pujante, que nos pueda sacar del estado de desarrollo medio. Por un lado, la producción industrial se destina casi toda a atender la demanda doméstica, y apenas una parte se dedica a exportar. Las exportaciones apenas alcanzan el 12 % del PIB al año, casi todas representadas en “commodities” como petróleo, carbón, oro y otras materias y productos básicos. Mientras eso sucede con los bienes y servicios de exportación, estamos importando mucho más, con una

proporción alta de productos alimentarios que podrían producir nuestros campesinos. Según el DANE, en 2019 se exportaron 39.489 millones de dólares, en tanto que las importaciones sumaron 52.689 millones de dólares, con una balanza comercial negativa.

Por otro lado, la apropiación de tecnología por el aparato productivo e industrial es comparativamente baja, también lo es la productividad; a esto se suman los altos costos de movilización de las mercancías, que encarecen la producción y nos restan competitividad, lo cual no nos permite vincularnos a las grandes cadenas de producción y comercialización que dominan los mercados mundiales. No pudimos aprovechar los tratados de libre comercio y no tenemos una clara estrategia de exportaciones. Pertenece a la OCDE, pero somos allí casi los últimos, de forma que ni en asuntos económicos tenemos la capacidad para crecer y, a la vez, distribuir riqueza. Al respecto, el libro *Historia económica de Colombia*, compilado por José Antonio Ocampo (2015), es referente.

## **7. El deterioro del medio ambiente**

Dudé acerca de si debía incluir este problema, pues su interés es reciente, mientras que los demás son históricos. Sin embargo, un amigo experto en la materia me convenció de que con este tema nos puede suceder lo que pasó con los seis problemas anteriores: comenzar muy pequeño, no hacer nada al respecto y luego, cuando crezca, puede escapar de nuestras manos sin un posible remedio.

El deterioro del ecosistema ambiental y la destrucción sistemática de nuestra diversidad es un asunto serio y no tan reciente, ya que se remonta a cientos de años, tiempo en el cual, sin ninguna consideración por los bosques, la fauna o la flora, se ha venido ampliando la frontera agrícola en millones de hectáreas, se han contaminado ríos, adelantado actividades de minería ilegal, clausurado humedales y se ha abierto el espacio a los pastizales; según el IDEAM, la deforestación alcanzó las 575.000 hectáreas solo entre 2017 y 2019. Debido a la extensión del país, a su enorme riqueza natural y a la dificultad de penetrar algunas áreas de la Orinoquia y de

la Amazonia, todavía subsisten amplias zonas verdes y se mantiene parte de la riqueza hidrográfica, lo cual oculta la gravedad de la situación.

## **8. El éxodo de venezolanos a Colombia**

La situación de frontera con el país hermano comenzó hace pocos años, pero ya es un tema tan delicado y serio que en un futuro próximo puede llegar a convertirse en asunto mayor si la dictadura chavista se prolonga, como bien puede suceder. Ya llegan a casi seis millones los venezolanos exiliados en el último quinquenio, y de estos nos ha correspondido la tercera parte por razones obvias, de cercanía. De continuar la debacle de nuestro vecino, en cinco o diez años podríamos haber recibido tres o más millones adicionales de migrantes, que representarían cerca del 10 % de la población del país, lo cual se volvería inmanejable, incluso si todos ellos fueran honestos, trabajadores y pacíficos. Vemos que aún en países ricos y organizados —como Alemania, Estados Unidos y Francia— el tema se vuelve espinoso; ¿qué diremos de países pobres recibiendo a millones de migrantes pobres?

La mayoría de los que llegan de Venezuela lo hacen en condiciones de máxima pobreza y necesidad, y tarde o temprano deben ser agregados a la lista de subsidios oficiales que paga el Gobierno. Por esta razón, cada nuevo migrante se convierte en una carga onerosa para el erario, debido a los servicios sociales que se le deben suministrar para responder a sus necesidades de vivienda, salud, educación y alimentación.

Además, la migración masiva desde Venezuela agrega dificultades a los problemas antes mencionados, es decir, a la violencia, la pobreza, la economía pública, la corrupción y el narcotráfico. Así sean nuestros hermanos vecinos y, en su mayoría, gentes de buena índole, por su condición de pobres extremos y de extranjeros tienden a formar guetos marginales, lo cual crea problemas de hacinamiento y pobreza absoluta para la mayoría. No será fácil para los gobiernos futuros ubicar a una población tan numerosa y necesitada que se suma a los millones de compatriotas que son desplazados internos de la violencia, entonces tendremos otro problema capital para sumar a nuestra lista de preocupaciones.

## **Conclusiones**

El panorama dibujado puede parecer pesimista y su descripción puede resultar elemental, pero, lamentablemente, refleja la cruda realidad que nos pone en condición de país inviable en el plazo medio, por lo menos. Merecemos más y podríamos más, pero con esta carga no somos viables. Los grandes problemas son de mucha complejidad, enunciarlos es tarea relativamente simple y solucionarlos es tremendamente complicado, porque ello implica transformaciones profundas en la sociedad, tanto en su cultura (ADN) como en el diseño básico institucional, para lo cual se requiere de una larga serie de gobiernos que compartan tanto la definición de los problemas como las medidas correctivas para tratarlos. Quizá sea necesario pasar por una reforma constitucional de fondo; buscar un relativo consenso nacional de las fuerzas sociales, políticas y económicas; contar con recursos importantes para invertir en los cambios; motivar la aceptación y paciencia en la comunidad; contar con mucho liderazgo transformacional y lucidez por parte de quienes promueven y acometen los cambios.

Se acercan las elecciones presidenciales, que, como se ven hoy, pueden desembocar en resultados dramáticos que cambien el curso de la nación. Una opción posible es el triunfo, por primera vez en dos siglos, de una fuerza populista y autoritaria de izquierda con una propuesta que puede ser la del “socialismo del siglo XXI”, tan de moda en varios países latinoamericanos: Cuba, Venezuela, Nicaragua y Perú; en menor grado podrían ubicarse en el futuro Brasil, México, Chile y Argentina. En este caso, preocupan dos cuestiones: el programa de gobierno y la capacidad de la gestión gubernamental.

Lamentablemente, dejamos crecer los problemas fundamentales hasta un nivel tan grande que se convirtieron en parte de lo que somos como sociedad: violentos, inequitativos, corruptos, improductivos y pobres. Ese no es un buen nivel de partida, y no parecen darse las condiciones para enfrentar tan compleja situación en el futuro. Durante la campaña electoral, pocas palabras han dicho los casi 40 aspirantes sobre los problemas capitales enunciados, como si ya se hubieran convertido en parte de nuestro paisaje. Nuestros supuestos líderes continúan pensando en cómo

atraer a los electores con pequeñas promesas o con soluciones técnicas, pero hasta ahora ninguno se ha atrevido a proponer cambios de fondo, tal vez porque son demasiados obvios.

En mi opinión, estamos viviendo un momento crucial, pero no existen las condiciones para llegar al punto de inflexión, de tal forma que aun con un giro en la dirección política podríamos caer en nuevos abismos. La esperanza puede estar en el surgimiento de una nueva clase dirigente con la participación de jóvenes no contaminados ni comprometidos con los resabios del pasado, conscientes de su responsabilidad histórica y preparados para un gran salto.

Colombia, *¿quo vadis?*

## **Referencias**

Acemoglu, D. y Robinson, J. A. (2012). *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Ediciones Deusto.

Bonet, J. y Meisel, A. (2006). *El legado colonial como determinante del ingreso per cápita departamental en Colombia* (Serie Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, n.º 75). Banco de la República.

Edelman. (2021). *EdelmanTrust Barometer 2021: Colombia. Global report*. <https://www.edelman.lat/estudios/edelman-trust-barometer-2021-colombia>

Galvis, L. A. y Meisel, A. (2010). *Persistencia de las desigualdades regionales en Colombia: un análisis espacial* (Serie Documentos de Trabajo sobre Economía Regional, n.º 120). Banco de la República.

Kalmanovitz, S. (Ed.). (2015). *Breve historia económica de Colombia*. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

- Kalmanovitz, S. (2019). ¿Qué tan rezagada está la costa caribe en el siglo XXI? *Revista Tiempo y Economía*, 6(2), 81-101.
- Newman, V. y Ángel, M. P. (2017). *Sobre la corrupción en Colombia: marco conceptual, diagnóstico y propuestas de política* (Serie Cuadernos Fedesarrollo, n.º 56). Fedesarrollo.
- Ocampo, J.A (Comp.). (2015). *Historia económica de Colombia* (4.ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Sierra, J. (1991). *Obras completas XII. Evolución política del pueblo mexicano* (Colección Nueva Biblioteca Mexicana) (3.ª ed.). UNAM.
- Thoumi, F. (1999). La relación entre corrupción y narcotráfico: un análisis general y algunas referencias a Colombia. *Revista de Economía del Rosario*, 2(1), 11-33.